

Un cuento de León Tolstói

por CARLOS MORALES ANTEQUERA

Ingeniero Agrónomo

Los precios extratrasféricos que alcanzan los artículos de primera necesidad no intervenidos y de los otros, traen «de cara» a los Ministros de Hacienda en nuestros hogares, que son nuestras amantísimas esposas, habiéndose aprendido tan a la perfección el disco titulado «La vida está imposible», con música de Argumosa, que nos lo están colocando a cada momento, sin duda porque se creen que nosotros vivimos en el planeta Marte, y estamos en la higuera sobre estos pequeños detalles de cotidiano yantar. A estas sufridas compañeras que solicitan de nosotros un aumento creciente de «apoquinen» para barbear el día 30 del mes, se les puede recordar la siguiente anécdota, rigurosamente cierta. Un personaje extremeño, político travieso y muy de su época, venía representando a cierto distrito de la provincia de Cáceres, por el sencillo procedimiento de comprar los votos, y sin que se tuviera que molestarse en visitar los pueblos. Para eso tenía un representante—hombre avisado— a quien le remitía dinero, y él se encargaba de enviarle el acta. No pedía cuentas ni quería que le hablaran del asunto. Cierta día fallece en Coria el Secretario de Ayuntamiento, y sin perder momento el representante pone a su buen amigo el siguiente telegrama: «Secretaría Coria vacante, me conviene.» Y firma Fulano. El Diputado le contestó en el acto: Lo creo. Menganez.

Las gentes que producen cosas fungibles, tan necesarias para la vida, parece que han perdido el juicio y ya no se conforman con nada. Realmente llevan razón nuestras esposas, aun cuando nos veamos en la triste necesidad de darles para acabar el mes, lo único que tenemos a mano: ¡la razón!

En tiempos pretéritos, toda persona tenía la nobilísima aspiración de ir mejorando de fortuna y muchos acababan sus días siendo ricos. Y se decía: el que a los veinte años no es valiente, a los treinta no es prudente y a los cuarenta no es rico, a los cincuenta es un borrico. Es decir, que un hombre necesitaba todo el proceso de su vida para llegar a ser rico, en mayor o menor medida. Hoy las cosas han cambiado radicalmente. Tenemos mucha prisa en enriquecernos, lo que procuramos conseguir en el menor tiempo posible. Nada de una generación; en pocos años, y mejor en pocos meses, y sea como quiera, pero hay que ganar tiempo. Es posible que lleven razón los que proceden de tal guisa, aun cuando el sistema perjudique a un sinnúmero de ciudadanos que no lo hacemos, acaso por falta de ocasión, mas que por virtud. Pero el hecho es cierto, y así va el mundo caminando «por el piélagos del vacío».

Y dándole vueltas y más vueltas a este asunto, viene en forma algo desilvanada a mi memoria—harto menguada por la edad—un cuento de León Tolstói, que leí en mis tiempos mozos, y cuya síntesis era la siguiente: Un señor, dueño de inmensas cantidades de tierra, quiso repartir una parte entre sus conciudadanos, que carecían de «ellas, y de medios para adquirirlas. Para hacer este reparto entre los elegidos, les dijo: «yo me sitúo en este punto y cada uno de vosotros, arrancando de él, empezáis a caminar en la medida que vuestras fuerzas lo permitan, describiendo, aproximadamente, un círculo en el término de una hora. Atorada la superficie de ese círculo, esa será la que os dé en mi finca para que pase a ser de vuestra propiedad, cultivándola.» Todos, como es natural, le dieron a las piernas, y unos más y otros menos, se iban señalando por tan curioso sistema, la superficie de la parcela que les tocaría. Llegó un avaricioso, y para que ella fuera del mayor tamaño posible, corrió de manera desaforada, describiendo una curva enorme. Al llegar jadeante y descajado al punto de origen, donde esperaba el propietario, cayó deshecho, muriendo reventado. ¡Pobre hijito, pobre hijito! exclamó el dueño: tu ambición te ha matado. ¡Ahora con un metro cuadrado de superficie tienes bastante! Y piadosamente le dedicó unas oraciones por su alma.

Meditemos, hijitos, meditemos...